

La lengua española, ante los retos del 2000

Trescientos millones de hispanohablantes hacen del español una de las lenguas más importantes del planeta. Vehículo mundialmente reconocido para expresar las riquezas de la literatura y las artes, resulta menos creativo para la novedad de las ciencias y las técnicas. Ante una civilización cada vez más volcada hacia lo tecnocientífico, el español necesita reaccionar firmemente para no quedarse en una lengua secundaria. El autor sugiere instrumentos adecuados para afrontar la tarea de mantener el español en vanguardia cara al próximo milenio.

Rodolfo Alpízar Castillo *

Una lengua multimillonaria

POR coincidencias de la historia, la llegada al Nuevo Mundo del hombre español (quien se encontraba, por demás, en pleno proceso de consolidación de su propia personalidad nacional) marchó a la par de un conjunto de complicados reajustes inter-

* Instituto de Literatura y Lingüística, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.

nos, de readecuaciones y perfeccionamientos de lo que hoy denominamos lengua española. La culminación del proceso de formación del español como idioma moderno se produjo, en lo fundamental, cuando grandes masas de sus portadores se habían trasladado, y continuaban trasladándose, hacia un entorno nuevo y desconocido.

Amén del controvertido conjunto de consecuencias en el orden social, económico e histórico que todos conocemos, esta combinación de circunstancias acarreó otra muy peculiar: el surgimiento, dentro de una misma lengua, de dos grandes núcleos generadores de hábitos y actitudes lingüísticas, igualmente válidos y productivos, representados, respectivamente, por la península y por sus posesiones en lo que pasó a denominarse América. Ello marca al español, desde una época muy temprana, como un sistema único pero a la vez diverso. El que esta peculiaridad se haya desconocido durante mucho tiempo ha tenido repercusiones negativas que aún arrastramos, tanto especialistas como simples hablantes.

El primitivo castellano, alimentado por el contacto con los otros idiomas de la península (entre ellos dos tan elaborados como el catalán y el gallego), condimentado en cierto grado con elementos árabes y privilegiado por la posición de Castilla a la cabeza de la Reconquista, continuó engrosando su caudal y perfeccionándose al impregnarse de la realidad americana. El castellano se enriqueció, hermosó e internacionalizó, y recibió tan diversas influencias que evolucionó hasta constituir una entidad lingüística nueva y superior: la lengua española actual.

Al paso del tiempo, otro acontecimiento de trascendencia mundial acompañó al español en su consolidación como sistema: el surgimiento y desarrollo de las naciones hispanoamericanas. Esta nueva realidad planteó exigencias frente a las cuales el español se mostró flexible y suficiente. A pesar de ciertos intentos «nacionalistas» que en cuestiones de lenguaje se produjeron en algunas de las repúblicas recién independizadas, y que llegaron, incluso, al siglo XX, este sistema no se escindió en dialectos, no dio lugar al surgimiento de un mosaico de nuevas lenguas, y se ha mantenido como el gran medio de comunicación de una masa de hablantes que sobrepasa los trescientos millones de personas en varios continentes.

Autores que van más allá de las fronteras del entorno hispano para insertarse entre las excelencias del género humano son una muestra de las posibilidades de este sistema único y diverso, y constituyen una herencia de la cual todos, en ambas orillas del Atlántico, participamos por igual.

Ante esta verdad nadie osa poner en duda que el español es rico en primores literarios y es apto para la expresión más depurada del sentimiento en cualquiera de sus manifestaciones, que es instrumento inigualable de la cultura y elemento definidor por antonomasia de nuestra identidad. Pero debemos admitirlo: En estos momentos se halla abocado a un reto mayor que cualquier otro que haya conocido antes. Esta vez el español se encuentra realmente en peligro.

El español ante el futuro

UN análisis superficial de la situación podría llevar a afirmar que no hay tal: Como ya se ha dicho, esta lengua es el puente de contacto directo entre más de veinte países de Eurasia, Africa y América, y es importantísimo medio de expresión en algunos lugares donde no está oficializado. Piénsese, por ejemplo, en los Estados Unidos, donde se cuentan algo más de veinticinco millones de hispanohablantes activos, al punto de que hace algunos años se fundó una Academia de la Lengua Española. Por otra parte, el aval literario que se le reconoce no es cosa del pasado, sino actual, pues autores hispanos de renombre mundial han surgido en todas las generaciones, y no son pocos los que se encuentran en plena actividad en el día de hoy.

Esta es una realidad evidente. Pero vale repetirlo: basarse sólo en ella resulta superficial.

Aclárese que al hablar de peligros para el español no se hace referencia a la ya antigua preocupación por la hipotética fragmentación en idiomas y dialectos, al estilo de lo ocurrido en otros tiempos con el latín. Desde luego, ésta es una contingencia contra la que no está de más mantenerse en guardia, dada la diversidad de conglomerados humanos que conforman la hispanidad. Pero no hay que olvidar que las principales causas de la disgregación del latín son prácticamente inexistentes hoy, gracias a los modernísimos sistemas de transporte y comunicación, que posibilitan todo tipo de intercambio personal y de grupo, y, aunque no lo anulan, hacen muy poco probable el aislamiento que está en la base de todo proceso de dialectización.

Dado el desarrollo alcanzado por la sociedad moderna, el verdadero reto al español se vincula con la posibilidad de que no sea capaz de hacer

frente a las exigencias de la comunicación científica y técnica. *El riesgo fundamental a que está expuesto el español en el momento presente es el de quedar convertido en un recurso de segunda clase para la expresión del pensamiento tecnocientífico.*

En los tiempos que corren no basta con que una lengua posea el máximo de posibilidades para la expresión artística o familiar. El mundo de hoy es, como nunca antes, el de la ciencia y la técnica, y lo será cada día más. Campos nunca explorados, desconocidos total o parcialmente hasta hace muy poco, se abren a la mirada siempre curiosa del hombre, que no se conforma con los límites de su planeta y se proyecta al universo, a la vez que redescubre cuanto le rodea o se vuelve hacia lo ultramicroscópico. El hombre común, en su cotidianeidad, está ahora en constante relación con los resultados del quehacer tecnocientífico, y no cesa de tomar contacto con las más variadas novedades en la electrónica, la biología, la medicina, la energía nuclear; ello se refleja en su modo de vivir y de ver la vida, y por tanto en su modo de hablar. Este acelerado incremento del progreso científico y técnico y de su popularización exige un desarrollo similar de los medios de expresión lingüística. *La lengua tiene que marcar el paso al ritmo de los adelantos de la ciencia y la técnica, o se convierte en un estorbo.*

Aunque cueste confesarlo, hay que admitir que, hoy por hoy, el español no está respondiendo de manera suficiente a los requerimientos de la comunicación científica y técnica internacional. Hay un enlentecimiento en su desarrollo en esta esfera que lo lleva a no tener la efectividad que sería de desear. Acaso alguien opine que afirmar esto es excesivo, pero, cuando menos, *es indiscutible que el español de la ciencia y de la técnica no está a la altura del artístico-literario y familiar.*

Se impone, en consecuencia, un retomar del concepto de defensa de la lengua, esta vez entendida como *sistematización de acciones dirigidas a hacerla suficiente en áreas donde no lo es.*

Lamentable resulta que una buena porción de los llamados «defensores de la lengua» ha partido y parte para su empeño de criterios poco científicos y anticientíficos, y en un afán desmesurado de imponer expresiones «castizas» llegan a adoptar actitudes retrógradas en relación con la evolución de la lengua y se oponen a su adecuación a una realidad en constante transformación.

Una nueva «defensa de la lengua»

NO se podría negar que la defensa de algo que nos identifica como naciones y hasta como individuos es asunto de la máxima prioridad y es punto que mantiene toda su vigencia en la actualidad. En el convulso mundo de hoy es acaso más importante que nunca. Pero se precisa una modernización del propio concepto de «defensa de la lengua» y de los criterios en que se ha basado hasta el momento, so pena de que se convierta en arma contra la propia lengua que pretende salvaguardar.

Por otra parte, el problema no puede seguir siendo concebido meramente como cultural en sentido estrecho, ni mucho menos basarse en criterios de valor cuya sustentación son consideraciones estéticas discutibles y declaraciones de amor a glorias de antaño. El propio aspecto ideológico, que no puede ser desconocido, puesto que la lengua no es ideológicamente neutra, adquiere nuevas dimensiones en la actualidad.

Lo afirmado no significa que la tradicional forma de entender la lengua carezca en absoluto de valor. Lo que sucede es, sencillamente, que resulta insuficiente, por no abarcar toda la profundidad de los problemas que plantean las nuevas realidades.

El concepto de defensa de la lengua tiene que basarse hoy día, ante todo, en la búsqueda y promoción de lo que pueda contribuir a garantizar su mayor efectividad y su permanencia como moderno instrumento de comunicación, a su perfeccionamiento como medio para la elaboración de enunciados tecnocientíficos.

Hay que dejar sentado que las causas de que el español esté en desventaja en relación con algunos otros grandes idiomas de comunicación internacional no son inherentes al sistema en sí, puesto que cuenta con las condiciones para asimilar, como ha hecho en otras épocas, los progresos del mundo actual. La índole de esta insuficiencia es, pues, extralingüística.

Hay que comenzar por recordar la extensión y las características de la zona geográfica que ocupa el español. Los países que componen el entorno hispánico presentan muy disímiles grados de desarrollo tecnocientífico, económico y social. Las condiciones sociolingüísticas que los individualizan y sus fronteras con otras lenguas son también variadas.

Esta situación podría no ser enteramente negativa si no fuera por su conjunción con otros elementos que sí lo son.

Lo fundamental en la desventajosa posición del español radica en la escasa participación de las naciones hispanohablantes en la producción científica y técnica de avanzada. Entre los países que se encuentran a la cabeza del progreso no se cuenta ninguna de expresión hispánica.

Como nadie puede desconocer, el movimiento mundial de traducciones y publicaciones está copado por el inglés, seguido, a mayor o menor distancia, por el alemán, el francés, el ruso y el japonés. En nuestro idioma se imprime una ínfima parte de lo que se lee por los hombres de ciencia. Por una causa o por otra, muchos hispanos dan a conocer sus obras en inglés (principalmente) o en otras lenguas, y no en la suya propia. Miles de científicos y técnicos hispanohablantes trabajan, en su lugar de origen o en el extranjero, para gigantescas empresas cuyas casas matrices se encuentran en países que no se expresan en español.

Para colmo, por la ausencia de políticas estatales adecuadas, nuestros países se ven inundados por una profusión de productos y equipos cuyas descripciones, datos de mantenimiento e instrucciones de uso están escritos en inglés o, lo que es peor, en un español desnaturalizado y muchas veces ininteligible.

Este conjunto de circunstancias incide de manera directa en el pobre desarrollo de los vocabularios científicos de nuestra lengua. Algo que patentiza este retraso es la ausencia, en los grandes bancos internacionales de terminología, de una verdadera representación, actualizada y en número suficiente, del tecnoléxico hispano.

En este sentido, a pesar de lo que pudiera creerse, vale aclarar que no en pocos casos los términos españoles existen; pero sucede que algunos no tienen la adecuada difusión, y muchos no han sido inventariados, o los medios de llegar a ellos son, sobre escasos o difíciles, costosos.

La situación tiene, como no podía dejar de ser, una repercusión económica. Como han destacado muchos especialistas de la industria de la lengua, estas limitaciones significan una traba para la transferencia de tecnologías, y la cooperación científica e industrial encarece el mercado de la traducción y afecta a la enseñanza superior y la investigación. De cualquier modo, entorpece la comunicación profesional, limita el acceso a la información tecnocientífica a una elite que domina la lengua inglesa o puede pagarse las traducciones y provoca un conjunto de contratiempos considerables y con implicación económica, tales como la incorrecta utilización de equipos y servicios, o la mala interpretación de los términos en que se establecen garantías, seguros y condiciones de mantenimiento.

Mala situación del español cara al futuro

SE cuentan al menos tres elementos que contribuyen a hacer más sombrías las perspectivas. Si no son sobrepasados, pueden colocar al español en grave riesgo de no ser capaz de responder a los retos del nuevo milenio. Ellos son, en parte, consecuencia de las condiciones socioeconómicas de nuestros países, y en parte lo son de una herencia negativa dentro de la filología hispánica, a saber:

1. Las academias de la lengua, por encontrarse en exceso atadas a la tradición, no han podido hacer frente, hasta el momento, a su responsabilidad para con la continuación de nuestro idioma como factor de comunicación internacional.

2. No existe ningún proyecto centralizador panhispánico en funcionamiento en relación con la lengua, ni, en particular, en relación con el desarrollo de sus tecnolectos. La propia península carece de algún emprendimiento realmente ambicioso en esos campos. A nadie escapa la trascendencia de esta carencia, puesto que una buena labor de España en este sentido influiría de manera positiva en el resto del mundo hispánico.

3. No existen políticas lingüísticas estructuradas que contribuyan de una manera efectiva a la defensa (en el buen sentido) y la consolidación del español. No siempre se recoge en las constituciones hispanas el lugar que corresponde al español como idioma, a partir de una concepción ingenua, en los países monolingües, de que no es necesario.

Agréguese a esto que en los lugares donde se llevan a cabo tareas terminológicas hay serios problemas en cuanto a la metodología: Los métodos aplicados son diferentes y poco compatibles entre sí, cuando no totalmente incompatibles, y ello no sólo ocurre hacia el exterior, sino también en el interior de los países. En no pocas ocasiones, el enfrentamiento al tecnoléxico es ocasional y ajeno a un plan o método científicamente elaborados. Y es lo más frecuente que quienes se lanzan a empeños terminográficos no sean lingüistas, muchos de los cuales no acaban de comprender el carácter de disciplinas lingüísticas que tienen la terminología y la terminografía, sino especialistas de otras ramas que, en el mejor de los casos, cuentan con asesoramiento en este sentido, aunque ello no siempre sucede.

Como consecuencia, hay desnivel entre los resultados, duplicidades y falta de aplicabilidad en un área más extensa que aquella donde se rea-

lizó el inventario. Por demás, la escasez de recursos financieros y de estructuras adecuadas (tanto para la realización de la labor como para su difusión y el intercambio de información), junto a la dispersión de esfuerzos, es una realidad siempre presente en el entorno hispánico.

Vistas las circunstancias, se impone la adopción de medidas de emergencia, si se pretende llevar una lucha efectiva por la continuidad del español en planos destacados, para que no quede relegado al uso literario y familiar.

Sin pretender agotar todas las posibilidades, y tomando en consideración, en primer lugar, el estado actual del problema, a continuación se exponen algunas ideas acerca de un conjunto de acciones que se han de emprender cuanto antes si se desea modificar en sentido positivo el estado de cosas esbozado.

Ante todo, se debe admitir que hay realidades sobre las que no es posible actuar. La principal es la escasa participación de los países hispanohablantes en la producción tecnocientífica de avanzada, ya citada. Este es un fenómeno que responde a condiciones económicas, sociales, políticas e incluso históricas muy concretas, y es nulo lo que puedan hacer los lingüistas y amigos del idioma al respecto. Por mucho tiempo habrá que convivir con tales circunstancias inferiorizantes, y las soluciones que se procuren habrán de tenerlas siempre presentes.

Hecha esta salvedad, veamos qué otras empresas es posible acometer para contribuir a una efectiva defensa del español como medio para la comunicación científica y técnica moderna, para lograr que los resultados de esta desventajosa condición extralingüística no sean tan desastrosos para el futuro de la lengua.

La premisa principal, sin la cual no es posible ninguna otra, es la ruptura de los rezagos que en el plano subjetivo se mantienen en las relaciones de la península y el resto de los hispanos, muy especialmente entre la península y los diferentes conglomerados de Hispanoamérica, pero también, y ello es muy importante, en las relaciones de estos últimos entre sí. No es infrecuente que en la forma de enfrentar los fenómenos de la lengua se manifiesten (y ocasionalmente se remedien) modos de pensar y actuar que bastante recuerdan un pasado colonial hace mucho extinto, pero, por lo que se ve, aún actuante en el espíritu de demasiada gente. Hay que llamar la atención sobre la paradójica circunstancia de que no pocas veces la mentalidad que establece una relación «colono/coloniza-

do» no es tan evidente en el peninsular como en el resto, aunque, claro está, aparece en cualquier parte y en cualquier momento.

Es hora de que aprendamos todos, en primer lugar, aunque parezca paradójico, los que hemos nacido y vivido en las orillas americanas del Atlántico, que a) *no sólo lo que procede de la península es buen español*, y que b) *a nadie en particular pertenece el monopolio de la lengua, puesto que ella es patrimonio legítimo de los millones de hombres y mujeres que en todo el mundo la tienen como parte de su condición humana*.

El español es una combinación dialéctica de más de veinte variantes nacionales, y como tal debe ser conceptuado por quien pretende conocerlo y defenderlo, si desea sostener su defensa sobre bases serias y científicas. La repetida expresión «donde se habla bien el español es en tal lugar», que todos escuchamos desde pequeños, no pasa de ser un prejuicio sin asomo de fundamento, y bueno sería para nuestra lengua que pasara al olvido.

En tiempos convulsos por tantas razones, como los actuales, se impone luchar por una real integración, ágil y desprejuiciada, de los componentes de la hispanidad. Lo que está en juego es nada menos que nuestra propia identidad como naciones, y los que trabajamos con el idioma tenemos responsabilidades que asumir en esta tarea.

Mejorar la enseñanza del español

PARA la efectiva defensa del español es una necesidad vital el perfeccionamiento de los métodos para su enseñanza. La cultura lingüística, tanto literaria como tecnocientífica, de la niñez y la juventud debe ser incrementada de forma sistemática y a la vez amena, de manera que de adulto se dominen los instrumentos idiomáticos que posibiliten la expresión correcta y eficiente y un amplio desarrollo del pensamiento.

Es sabido que quienes más influyen en la creación y consolidación de hábitos lingüísticos son, en los primeros años, los padres y maestros, y más adelante los representantes de las clases y grupos dirigentes de la sociedad (políticos y funcionarios ante todo), junto a periodistas, locutores, actores y otros sectores colocados en situación de prestigio social, puesto que éste implica el lingüístico, consciente o inconscientemente, y

quienes lo poseen se convierten en modelos que se imitan. Si, como suele ocurrir en nuestros países, tales grupos carecen de la adecuada educación linguotecnológica (y en algunos casos incluso de la otra), de poco servirán las llamadas lanzadas por las academias y otros interesados para contrarrestar los efectos de tales modelos sociolingüísticos.

En esta arista del problema, la clave está en la formación, desde la escuela elemental, de correctos hábitos de lectura y escritura, la constante práctica de la expresión oral y escrita, y la introducción en la clase de español, dosificada, de textos relativos a temas científicos lingüísticamente adecuados. A pesar del empeñamiento de una parte de los educadores, que insisten en mantenerla, la memorización de reglas ortográficas y de nomenclatura gramatical, a lo que se reduce en esencia la enseñanza de la lengua nacional, se ha mostrado ineficaz desde hace tiempo, y mucho bien se haría a nuestro idioma si el tiempo invertido en ello se dedicara al conocimiento práctico de sus excelencias.

Una mayor relación entre maestros dedicados a disciplinas «de ciencias» y disciplinas «de humanidades» sería un punto en defensa de la lengua española. Que los primeros sean más conscientes de su función como divulgadores del lenguaje, y los segundos de la suya como divulgadores de la ciencia y la técnica, significaría una interrelación que contribuiría a eliminar la tendencia a ver y comprender la ciencia y la técnica por una parte, y la lengua por otra, como entes ajenos y divorciados. Este modo de pensar, por infortunio, se está generalizando, no sólo entre estudiantes, sino también, en demasiadas ocasiones, entre los docentes.

Se debe procurar por todos los medios el incremento de los intercambios culturales, científicos, técnicos y económicos entre nuestros países. En este sentido, las asociaciones culturales y de amistad, al estilo de las sociedades de nacionales de unos países residentes en otros, pueden ser un factor de importancia. Tales agrupaciones, como parte de una conciencia lingüística panhispánica, deberían mantener donde existan un accionar constante en el intercambio entre nuestras naciones, al margen de relaciones oficiales que, como se conoce, suelen estar signadas por altibajos que responden a intereses políticos fluctuantes o de alcance limitado. En la época que se vive, estos intercambios deben sobrepasar las fronteras tradicionales de lo cultural en sentido estrecho y abarcar, cada vez con mayor intensidad, los campos de la ciencia y de la técnica.

En los países hispanos debería producirse un incremento de la actividad lingüística en el área de la ciencia y de la técnica. Este accionar debe-

ría encaminarse, ante todo, a la búsqueda integral de soluciones (que han de ser colectivas y coordinadas para ser efectivas) a las deficiencias lingüísticas actuales. Entre las prioridades se ha de contar el procurar respuestas adecuadas a las necesidades de aseguramiento idiomático que presentan los traductores, grupo profesional injustamente execrado por los «defensores de la lengua» de corte anacrónico.

Crear comisiones de terminología

UN paso fundamental es la creación de comisiones nacionales de terminología. Sin interferir en las labores de las academias, pero con absoluta autonomía en relación con ellas, y preferentemente de forma coordinada, tales comisiones habrían de encargarse de atender los componentes teórico-metodológicos de la problemática terminológica del español, y fungirían como órganos de consulta y asesoramiento lingüístico para ministerios, instituciones, empresas y demás grupos en cuyas esferas de acción sea considerable la actividad terminológica.

Entre los beneficiarios del trabajo de las comisiones se han de contar en primer lugar los centros de traducción y los de formación de traductores, no sólo por cuanto suelen estos profesionales ser los que más apoyo lingüístico reclaman, sino también porque ellos son, de hecho, el mejor indicador de las lagunas existentes en el tecnoléxico, en virtud de su quehacer diario como puente entre las lenguas.

Como parte del cumplimiento de sus funciones, las comisiones de terminología habrían de ocuparse de tareas tales como el estudio y la evaluación de la producción de léxico científico en los respectivos países. Habrían de registrar los neologismos y difundirlos, y de estudiar las áreas de mayor carencia de vocabulario. Procurarían la elaboración de diccionarios técnicos, de tipo tradicional o automatizados, para intentar llenar, al menos en parte, las lagunas existentes. Ello no significa que se conviertan en casas editoras, sino que aporten los elementos teóricos y metodológicos imprescindibles para quienes emprendan tareas terminográficas, y que estimulen y fomenten este tipo de labor en distintos sectores.

Punto importante en el quehacer de las comisiones ha de ser la generalización en cada país de las soluciones encontradas en otras regiones del

mundo hispánico, y, a la inversa, la difusión en el resto de la hispanidad de lo que cada país haya aportado de novedoso y útil. Como se observa, en nuestra concepción el manejo adecuado de la información en todos los sentidos debe caracterizar a las comisiones de terminología.

En virtud de la coexistencia de diversas normas nacionales o regionales, y de la variedad de denominaciones para un mismo concepto como consecuencia de la escasa comunicación entre los equipos dedicados a la terminología en la actualidad, las comisiones nacionales habrían de promover entre quienes elaboran diccionarios la conciencia de que cualquier obra terminográfica monolingüe en español es, en esencia, *pluriespañola*, y debiera registrar las variantes nacionales de cada término. Tal condición debería ser atendida también en las obras plurilingües.

La multiplicidad de denominaciones es un inconveniente para el correcto desarrollo del tecnoléxico español, y entraña, si continúa sin ser atendida, el riesgo de su dialectización. La paulatina contracción de esta tendencia divergente correspondería a un accionar mancomunado (y exento tanto de prejuicios como de afanes hegemónicos) de las instituciones normalizadoras de todo el entorno hispánico, junto, acaso, a las academias, o en coordinación con ellas. La participación de las comisiones de terminología como elemento que aporta criterios teóricos y metodológicos sería fundamental en este caso, aunque la normalización en sí misma no es, en rigor, una encomienda que les corresponda.

En colaboración con las universidades, las comisiones de terminología deberían trabajar en pro del dominio, por parte de los especialistas, de los principios de la terminología. En algunos lugares de nuestro entorno se ha ido adquiriendo ya alguna experiencia en este sentido, y sería muy provechoso para la causa común que esto se generalizara.

Las comisiones de terminología también funcionarían como verdaderos consultorios lingüísticos que ofrezcan respuestas rápidas y científicamente fundamentadas a interrogantes que pueden plantear tanto las empresas como los traductores individuales y otros interesados en el correcto uso del tecnoléxico español.

Donde ellos no existan, las comisiones estimularán la creación de bancos nacionales de terminología que cubran las principales ramas de la ciencia, la técnica y la economía, y trabajarían de manera coordinada con ellos, sirviéndoles de apoyo metodológico. Donde esa meta no se alcance, al menos propenderían a la armonización de los bancos sectoriales existentes.

Por último, las comisiones habrían de procurar la consolidación de una entidad panhispanica de terminología, que posibilite un ágil intercambio de información en el campo del vocabulario tecnocientífico entre nuestros países, como modo de impedir la formación de barreras entre los componentes de la hispanidad y alejar la posibilidad de fragmentación. Esta entidad existe, es la Red Iberoamericana de Terminología (RITERM) creada en 1988, pero es necesario que se fortalezca, y que se dé más apoyo y publicidad a su labor.

Las academias de la lengua

EN cuanto a las academias de la lengua, hoy más que nunca se les ha de exigir una mayor ejecutividad y liberalidad en la función que realizan; ante todo, se impone la ruptura por ellas de arcaicos esquemas de trabajo y pensamiento, lo que implica la transformación radical de sus concepciones en cuanto a lo que se considera integridad de la lengua y en cuanto a su defensa. Es imprescindible el reconocimiento real de que el idioma nacional no es el coto privado de una institución o un conjunto de ellas, como no lo es tampoco de los lingüistas o escritores, sino es la propiedad común de todos los hablantes, y que a nadie le ha sido otorgada como don divino la condición de constituirse en su defensor, sino, a lo sumo, la obligación de contribuir modestamente, como uno más en un ejército de millones, a su enriquecimiento y esplendor. Con actitudes exclusivistas jamás se cumplirá tal deber.

Entre los temas en que los nuevos tiempos exigen enfoques modernos a las academias se encuentra lo referido al tratamiento que se ha de dar a los neologismos y los extranjerismos, dos fenómenos muy relacionados. Hay que echar a un lado prejuicios arraigados en la tradición filológica hispanica y definir criterios de aceptabilidad basados en principios estrictamente científicos.

En relación con los neologismos, hay que partir del punto de vista (en definitiva, generalmente aceptado) de que ellos son la garantía de la constante actualización de las lenguas: su razón de ser es la necesidad de nombrar nuevas realidades, de nominar aquello que no lo está.

Es inobjetable que el español está urgido de una masiva introducción de neologismos, los que han de ser creados a un ritmo muy intenso

si se quiere hacer frente de manera satisfactoria a las exigencias del desarrollo tecnocientífico. Una excesiva atención al prejuicio de que los neologismos tienden a desvirtuar el sistema puede resultar desastroso para su futuro.

Diversos son los procedimientos patrimoniales de introducción de neologismos. Con todo, uno de los más activos es la incorporación de extranjerismos. No se concibe una lengua que no posea cierto grado de préstamos extranjeros. Los sistemas que más efectivos se han mostrado para la comunicación han sido siempre los que han tenido más flexibilidad para tomar y adaptar a sus peculiaridades los elementos exóticos que cubran las necesidades expresivas que ellos no han podido solventar con medios propios.

Es cierto que una porción de extranjerismos responde a ignorancia o afán de señalarse, y no a real falta de recursos. Pero no hay que pensar que es así en todos los casos. Ante el vocablo, el giro o la fórmula importada habría que mantener una actitud equidistante del rechazo perjudicado y la aceptación acrítica. Se debe partir del criterio de analizar el grado de conveniencia del extranjerismo para la comunicación: resuelve un problema, no lo resuelve, o, por el contrario, lo crea. Sobre este último tipo se debe realizar labores de vigilancia lingüística.

Un punto donde es muy importante la participación de las academias es el relativo a la elaboración de políticas lingüísticas modernas y científicamente fundamentadas. Para cumplir este objetivo, desde luego, habría que comenzar por echar a un lado prejuicios exclusivistas, y procurar ante todo el concurso y buen entendimiento de las instituciones y personalidades que puedan aportar algo en el empeño, sin descuidar que las políticas lingüísticas son, ante todo, un problema de gobierno en que participan los especialistas de la lengua, pero que no son ellos quienes las elaboran e imponen.

Resumen y conclusión

PARA resumir lo expuesto hasta aquí, digamos que la lengua española, luego de acumular una rica historia, y de alcanzar innumerables cumbres literarias, corre el riesgo de quedar relegada a un segundo plano, como consecuencia de su retraso en comparación con el desarrollo tecnocientífico del mundo actual.

Para enfrentar desde posiciones ventajosas ese reto que el progreso ha lanzado, es inexcusable adoptar cuanto antes un conjunto de medidas de emergencia, en las cuales han de participar todos los que realmente sienten la necesidad de trabajar en pro del futuro del idioma que heredamos. Estas medidas se resumen en:

a) Ruptura de esquemas tradicionales de pensamiento y desaparición de antiguos prejuicios en relación con el lenguaje y los criterios de corrección.

b) Creación de instituciones nacionales encargadas de atender los problemas que plantea el proceso tecnocientífico a la lengua, para buscarles soluciones.

c) Ampliación de las relaciones de colaboración interhispánicas en materia de lenguaje en general, y en especial en su parcela científica y técnica, y consolidación de redes panhispánicas de terminología que posibiliten el flujo ágil de información sobre el tema entre las naciones que conforman el entorno hispánico.

ch) Cooperación amplia y sin hegemonismos entre las academias de la lengua y las comisiones de terminología.

d) Elaboración de políticas lingüísticas nacionales científicamente fundamentadas, y cooperación en su puesta en práctica por todos los sectores interesados en la permanencia del español.

e) Modificación de los criterios de enseñanza del español como lengua materna, e incorporación dosificada entre los educandos de su comprensión como medio para la comunicación tecnocientífica.

Como conclusión, digamos que, si se enfrenta con criterio científico la realidad de la lengua como medio de comunicación, el español puede vencer el reto de nuevo milenio.

Ciertamente, es poco lo que existe en estos momentos, como ya se apuntó. No obstante, con una mayor atención a lo que ya se ha adelantado, para consolidarlo y desarrollarlo, se podría empezar a dar pasos en sentido positivo. Se debe aprovechar la experiencia, importante aunque modesta ante la magnitud de la empresa, de algunos países e instituciones, tanto en el trabajo terminográfico como en la investigación teórica, la preparación de cursos de terminología y el fomento de bancos terminológicos. En tal sentido, es preciso un mayor apoyo al funcionamiento de la Red Iberoamericana de Terminología. Si esta institución logra consolidarse mediante la creación de una estructura financiera y logística adecuada, podría constituirse en el ente aglutinador por excelencia que necesitamos.

Llegados a este punto, no pasemos por alto que la institución intergubernamental de países de expresión neolatina, Unión Latina, de activa participación en la fundación de RITERM, se encuentra en estos momentos promoviendo la implantación, bajo la égida de la Red, de un banco terminológico iberoamericano. Este proyecto se encuentra en fase de estudio de factibilidad, y entre sus objetivos tiene:

- Creación de una red de bancos de datos terminológicos.
- Coordinación de actividades de colecta de tecnoléxicos sobre la base del estudio de las necesidades, tanto de los tecnolectos como del desarrollo de la región.
- Establecimiento de una política concertada de creación de neologismos y de normalización de términos.

Si este proyecto y la RITERM logran alcanzar el éxito en los objetivos inmediatos propuestos, no cabe duda de que los interesados en la permanencia del español como lengua para la comunicación tecnocientífica contaremos con dos herramientas muy eficaces para que esta lengua enfrente airoosamente el reto del nuevo milenio.